

Cada wagon debe llevar un tonel con capacidad suficiente para seis galones de agua, sujeto sólidamente bajo la parte céntrica del vehículo. Si hay necesidad de que los trenes marchen reunidos á las tropas, debe procurarse un número suficiente de toneles, de manera que cuando ménos se cuente diariamente con tres raciones de agua por hombre, incluso los trenistas y conductores.

II. En las marchas ordinarias el soldado de caballería debe marchar á pié, á fin de conservar intactos el vigor y los alientos del animal. Por supuesto, los oficiales, en este caso, deben ser los primeros en someterse á esa regla, para servir de ejemplo á sus subordinados.

III. Debe hacerse un alto de diez minutos despues de los primeros cincuenta de camino, y de cinco, por lo ménos, en cada una de las horas subsecuentes durante la jornada.

IV. Siempre que el ganado cuente con su racion completa de grano, y se mantenga en buen estado, bien puede completarse la jornada sin retirar las sillas, ni los arneses; pero, cuando por el agotamiento del forraje no haya otra pastura que la del campo, es necesario reducir la etapa á un tercio ménos, particularmente si el ganado no se halla en las mejores condiciones, en cuyo caso se desensilla y desguarnea, dejando que los animales pasten durante la fuerza del calor. En la tarde se continúa la marcha, y se procura rendir la etapa antes de ponerse el sol, á fin de no perder la luz del dia antes de campar, reconocer los alrededores, hacer agua y disponer los ranchos.

Si los pastos escasean, ó son de mala nutricion, y, si además, la remonta se halla en mal estado, se harán dos altos durante el dia, ó se suspenderá la marcha por uno ó dos, pues, sobre todo, hay que cuidar mucho de la conservacion del ganado.

V. Siempre que una partida pequeña tema ser atacada por la noche, se suprimirán los fuegos, á cuyo efecto se dispondrán y tomarán los ranchos antes de puesto el sol, y a la misma hora se hará la provision de agua y leña,

que debe servir para disponer el almuerzo al siguiente dia, tomando la precaucion de sujetar bajo los wagones los roys de leña. La partida continúa la marcha, y antes de media noche abandona la ruta refugiándose en los pliegues del terreno, en donde no se observe la sombra de los wagones y los caballos, y se pueda á la vez distinguir la aproximacion del enemigo.

En las depresiones del terreno, por lo regular, se encuentran á menudo ciertas ondulaciones que parecen naturales y que, en realidad, no son otra cosa que escondites abiertos por los salvajes para acechar á los centinelas.

Conviene descubrirlos y apostar allí tres centinelas, uno al arma y dos de reposo, para el caso de que si uno resulta fuera de combate haya dos listos para dar la alarma. El salvaje, cuando medita una sorpresa nocturna, nunca hace uso de otra arma que la flecha, disparada diestramente á larga distancia, ó el puñal en los golpes de mano. Bajo estas advertencias un centinela entendido puede permanecer sentado al lado de sus camaradas, de manera que pueda despertarlos, en el momento preciso, con un toque de mano, ó pié.

El vigilante debe observar con suma atencion las sombras y sus movimientos, los rumores, el grito de los animales, ó el silvido de la serpiente, teniendo presente que de la vista y el oido depende el éxito de la vigilancia. Por supuesto, estos triples centinelas deben ser varios á diferentes distancias del campo, y siempre en los pliegues del terreno mas adecuados á su objeto, á fin de observar y evitar el ser observados. En campos de esta naturaleza, en que el peligro es tan invisible como indudable, debe evitarse el hablar, á ménos que no sea lo relativo á la vigilancia y aun eso en secreto. Por consiguiente, tampoco debe permitirse ni la mas pequeña fogata, alumbrar fósforos, fumar, ó sacar lumbre con la piedra y el eslabon. Cuando las circunstancias sean de tal modo peligrosas, que sea necesario formar campamentos de esta clase sobre la marcha,

siempre por su puesto bajo las sombras de la noche, se aprovechan los altos del día para hacer una buena provisión de forraje, cortando con los cegadores el pasto, y haciendo royos que se conducen en los wagones para la cena del ganado. Esta precaución permite dejar los tiros unidos á los transportes, y en caso de ataque, mientras los animales forrajean y se mantienen seguros, los hombres, sin cuidarse de ellos, pueden atender exclusivamente al combate. Esta es la única manera de salvar los tiros, pues cuando se persogan hay un riesgo evidente de perderlos, debido á la sagacidad con que el salvaje se introduce entre ellos, corta las reatas y escapa con su presa. Si es caballo se monta en pelo, se desliza lentamente hasta ponerse fuera de alcance, describe en seguida varios círculos al galope, para confundir la huella, y desaparece en un laberinto de pisadas incomprensibles á sus perseguidores empeñados en seguir la pista.

VI. En todo país infestado por los bárbaros, la escolta debe siempre preceder á la persona á quien se trata de franquear el paso. En tales ocasiones debe cuidarse de examinar con suma atención los repliegues del terreno, barrancas, hondonadas y demas accidentes naturales, ó artificiales, que puedan servir de escondite á los salvajes. La persona escoltada se mantendrá, entre tanto, en observación del resultado de estos reconocimientos, continuando su camino cuando se le advierta que no hay peligro. Si el riesgo es eminente, dos hombres marchan de descubierta, cincuenta ó cien yardas al frente, y otros dos á igual distancia á retaguardia. En terrenos quebrados, un hombre á lo ménos se destaca sobre cada uno de los flancos, á cien yardas al costado de la vanguardia, pero siempre á la vista de ella.

VII. Todo oficial con mando de destacamento estacionario, ó fuerza en marcha, pasará una escrupulosa revista de armas y municiones todas las noches, precisamente á la hora en que sus hombres se disponen á tomar descanso.

El soldado, al acostarse, debe siempre conservar á su lado la carabina, ó fusil, en disposición de apuntar y hacer fuego al primer momento, recordando que los asaltos de los salvajes son en lo general rápidos y alevosos. El oficial cuidará que las armas guarden una misma posición, es decir, con las bocas de los cañones hacia los pies de los soldados, acostados estos, para evitar las consecuencias de una descarga accidental. Si además hubiere revólvers, que son los mas útiles en los ataques personales, el oficial los pasará igualmente en revista, para cerciorarse no solo de estar bien cargados y capsulados, sino tambien del buen estado del cilindro y sus principales resortes mecánicos. Cuando el peligro sea eminente, no debe permitirse á la fuerza descalzarse en la noche, ni apartar de la cintura el revólver. Bajo ningunas circunstancias se permitirán los conductores, ó trenistas, abandonar sus armas en el interior de los wagones, ó las ambulancias, con el pretexto de serles embarazosas en sus tareas. Al contrario, debe obligarseles á llevarlas consigo y á mantenerlas á su lado, siempre cargadas, durante el descanso de en la noche. No hay que olvidar jamás esta útil prevención, que por no haberse cumplido exactamente ha costado muchas vidas.

VIII. Todo oficial encargado de una escolta, destacamento ó tren, debe día por día instruirse detalladamente, hasta donde sea posible, de todos los pormenores del país que tiene que atravesar, y en particular en cuanto á leña, pues si no la hubiere en el lugar de la jornada, debe prepararla desde el de partida, transportándola en los wagones, á fin de no hallarse desprovisto á la hora de los ranchos. El fuego de madera verde causa demasiado humo, que á la caída del día se concentra formando grupos de nubes, en los valles y tierras bajas, visibles á larga distancia. La madera seca es preferible, porque no tiene ese inconveniente, aun cuando el norte, ú otro viento repentino, ocasiona un cambio inesperado en la temperatura. Los tizonos sobrantes, despues de hechos los ranchos, se apa-

gan con tierra y se acumulan en un solo lugar, cuándo absolutamente se tiene ya necesidad del fuego, cuidando de no dejar ardiendo ni el mas pequeño residuo en los fogones, por varias razones que conviene detallar :

1ª Para no ofrecer por la noche un punto de mira á los salvajes.

2ª Para impedir que un viento repentino arroje las chispas á los wagones y tiendas, ó cause el incendio del pasto.

3ª Con el objeto de aprovechar la leña sobrante en la mañana siguiente, ó al regreso de la correría, si solo fuere de un solo día.

Los soldados y los trenistas tienen la mala costumbre de consumir en grandes hogueras toda la leña sobrante en los puntos de alto, ó al dejar el campamento. Los fuegos deben extinguirse desde el momento en que dejan de tener objeto, y siempre que se pueda se cargará con los tizones apagados, para utilizarlos á la siguiente comida. Obsérvese que no se necesita mucha leña para disponer el café, cocer, pan, ó asar carne: el pan es el que mas consume, y por esto débese preferir el hacerlo de dia en lugares donde abunde el combustible. El pan, cuando es bien hecho, se conserva en buen estado durante dos ó tres días, especialmente en el invierno.

IX. En las fronteras y mas generalmente en las llanuras, todos los rios, arroyos y lechos agotados se hallan sujetos á repentinas y peligrosas avenidas, causadas á veces por las lluvias torrenciales en las regiones montañosas; no es extraño, pues, encontrarse sorprendido por una de esas corrientes en un dia perfectamente despejado y claro. A fin de evitar las consecuencias de esta otra clase de sorpresas, los oficiales expedicionarios deben hallarse al corriente de este riesgo y conocer los lugares en donde nunca debe pernoctarse, sino al contrario, pasarlos con rapidez y alejarse de ellos hasta donde sea imposible el alcance de las corrientes repentinas. Esta es una de las reglas mas interesantes, que un oficial experto no debe ol-

vidar jamás al atravesar las llanuras inmediatas á los rios, ó las montañas.

I.—Precauciones para preservar el ganado.

Siempre que se tenga que forrajear con maiz, cebada, ó centeno, en el campo y puntos de alto durante las marchas prolongadas á través de los desiertos, en donde no hay *aguajes* para los animales, se tomará la precaucion de mantener en el agua, toda la noche víspera de la partida, el grano que haya de consumirse al siguiente dia. A falta de barriles ó toneles para esta operacion, se hace uso de los morrales, provistos hasta la mitad de grano y sumergidos en el agua durante toda la noche. El forraje dispuesto de este modo, con la humedad absorbida en la sumersion de horas ántes, es un excelente refrescante para los animales exhaustos y fatigados por la sed, pudiendo digerirlo sin dificultad, aun cuando no beban agua, pues son muy raros los casos de cólico que acontecen, no importa que se sustituya el maiz con trigo, si el grano ha embebido suficiente liquido. Tampoco causa mal alguno la fermentacion que sobreviene á veces, con motivo del exceso del calor del dia.

XI. Caso de darse un ataque de cólico en el ganado, una cucharada de cloruro en una botella de agua, bien mezclados, és el mejor remedio, pudiendo repetirse la dosis sin riesgo alguno.

XII. El campamento de un tren en pais expuesto á las sorpresas de los salvajes, debe describir una elipse, ó un circulo completo formado por los wagones, con la comunicacion principal y los espacios abiertos, entre wagon y wagon, perfectamente asegurados con cadenas ó cuerdas. Los tiros se colocan en el centro y si el riesgo és inminente se les mantiene uncidos, cortando el pasto desde en la tarde para el forraje de la noche en los términos ántes expresados. Los trenistas deben ser muy prácticos en la rápida

formacion de esta clase de corrales de defensa, de que por lo ménos se tiene necesidad una vez al día, para dar un pienso de pasto al ganado. Los tiros se numeran de manera que diariamente alternen, en su línea de marcha, de vanguardia á retaguardia. A un silbido, ó señal convenida, los impares se mueven á la derecha y los pares a la izquierda. Formadas de este modo las dos columnas, á veinte ó mas yardas una de otra, segun el terreno y el volúmen del tren, los primeros wagones hacen alto y los otros continuan hasta tomar su posicion sucesiva. En esta disposicion, pueden moverse en columnas paralelas, pendientes de una nueva señal, para formar el círculo que se efectúa comenzando el movimiento los wagones de la cabeza: estos giran por su órden, aproximándose el uno al otro a medida que los tiros desencajonan; el siguiente de cada columna se dirige de manera que el tiro quede hácia dentro y el wagon al exterior. Y este es el modo como los trenistas se ejercitan sobre la marcha en formar prontamente los círculos de defensa, mas ó ménos pronunciados segun convenga á las circunstancias. La comunicacion se establece entre ambas extremidades de los dos wagones de retaguardia.

Cuando se forman las columnas, los carruajes y las ambulancias se colocan entre una y otra, en el centro del círculo una vez cerrado este. Un recurso de esta clase constituye en las llanuras una excelente defensa, que permite proteger el ganado y mantenerlo asegurado dentro un rádio fortificado con los wagones. Sucede á menudo, que los salvajes acometen los convoyes sobre la marcha. Es preciso, por lo mismo, que los trenistas se hallen muy ejercitados en las operaciones propias de esta emergencia, á fin de evitar la confusion y el aturdimiento en esos lances repentinos, en que el salvaje se lanza con una agilidad sorprendente, en terrenos adecuados á sus propósitos.

En el momento en que cada tiro ha tomado su colocacion dentro del círculo, enganchado á su wagon, cuya parte

exterior da el frente hácia el enemigo, los conductores, carabina en mano, se apostan por la parte de afuera al extremo opuesto de los tiros, y rompen el fuego en el acto que los agresores llegan al alcance de las armas. Es preciso conservar inquebrantable la presencia de espíritu en esos momentos críticos: los salvajes no son muy tenaces al frente de hombres determinados; repelidos en su primer impulso, procuran alejarse cuanto ántes de los efectos de un fuego certero y nutrido, y solo cuando cuentan con una gran superioridad numérica, se ariesgan á repetir su tentativa. En este caso, si el tren se vé obligado a estacionar uno, ó dos días, y el fuego del enemigo agobia, una parte de los trenistas fosearán el terreno precisamente bajo las ruedas de los wagones, comenzando por la parte mas expuesta, á fin de sumergirlos hasta los ejes, dar mas consistencia al círculo, y obtener un resguardo que proteja de la mejor manera á los hombres y á los animales.

Si los salvajes, por medio de señales, indican el deseo de una conferencia, solo se permitirá que avancen dos á tiro de carabina, y nunca hasta del círculo de defensa. Por la noche los hombres procurarán fosear el exterior del rádio, ó procurarse cualquiera otra clase de abrigo desde donde con seguridad puedan observar y repeler una intencion nocturna. La audacia, la resolucion y la tenacidad, cansan é imponen respeto al salvaje, que por lo regular solo cuenta en su favor con el efecto moral que causa la primera tentativa. Por el contrario el mas leve signo de timidez lo alienta, y si un inexperto, en vez de hacer frente, se decide á retroceder un metro de terreno, su pérdida és inevitable.

Los convoyes no tienen otro recurso positivo de salvacion que el descrito de los círculos de defensa, especialmente para campar de noche. Recuérdese que los ataques son siempre inesperados, ó mejor dicho, sin prévio anuncio. Además, és necesario ejercitar por este medio á los trenistas en la improvisacion de ese recurso de defensa.

XIII. Siempre que un oficial, ó conductor de convoy, se suponga perseguido de cerca por los salvajes, destacará dos ó tres hombres, bien montados y de reconocida presencia de ánimo, sobre alguna de las alturas mas inmediatas á la línea de marcha, para observar atentamente la extensión del país, descubrir al enemigo, contarle, si le es posible, y galopar con el parte de lo que haya visto, á fin de dar tiempo á los preparativos de la defensa. Los salvajes, por su parte, nunca dejan de tomar esta precaucion, pues siempre apostan á su espalda un escucha, ó vigía, temerosos de sus perseguidores; y esos agentes de su vigilancia son tan audaces, que no dejan escapar la oportunidad de deslizarse en un campamento, matar un centinela, ó pillar un animal

XIV. En los altos durante el dia, cuando es necesario que pasten los animales, nunca se debe dispensar la forzosa precaucion de los vigías avanzados de que acaba de hablarse, en las alturas vecinas, á fin de mantener una constante vigilancia en los alrededores hasta el alcance de la vista. El comandante de la fuerza debe por sí mismo reconocer su posicion, apostar los vigías y darles instrucciones, ántes, por supuesto, de desuncir los carros, desencillar y persogar. Mas bien que desencillar, debe preferirse aflojar las cinchas y mover las sillas.

Si la fuerza fuese numerosa, los vigías deben aumentarse, estableciendo puestos avanzados á ciertas distancias, pero de tal modo relacionados entre si y con el cuerpo principal, que no haya riesgo de ofrecer la menor coyuntura favorable á las sorpresas de los salvajes. Los vigías darán la alarma descargando su arma, si la aparicion del enemigo fuese repentina é inmediata á su puesto; y si distante, por medio de otras señales convenidas, como por ejemplo poner el sombrero en la boca del arma y levantar esta á la altura del brazo. En uno, ú otro caso, se recogen los animales, se unen los carros y se toman las armas, observándose todas las disposiciones prevenidas en la prevision de una embestida.

Heridos y enfermos.

XV. Los destacamentos y convoyes pequeños que atraviesan un país infestado por los salvajes, sin contar con el auxilio de un facultativo, deben proveerse, al emprender la expedicion, de un botiquín con las medicinas y útiles necesarios, á fin de ministrar los primeros socorros que por lo pronto requieran los enfermos, ó heridos, en el curso de la travesía. Por ejemplo: unas cuantas docenas de *píldoras de opio y quinina*; una ó dos onzas de *tintura de opio*; unas cuantas *dosis de sales*; una *botella de linimento volátil*; algunos *royos de vendajes*; una *cantidad suficiente de hilas de patente*; una *esponja fina*; una *yarda de tela plástica*; unas cuantas *pulgadas de tafetan*; algunas *botellas de brandy y aguardiente*, y los *útiles de cirugía mas fáciles de manejar en circunstancias apremiantes*.

En el evento probable de una herida de bala, la primera operacion es poner sobre la boca, ó bocas de ella, si el proyectil hubiere atravesado de una á otra parte, dos capas de hilas saturadas con agua fresca, en la extensión de una y media pulgadas en cuadro, cubriendo el todo con una pieza de tafetan de doble tamaño, es decir, de tres pulgadas; en seguida se aplica un vendaje para retener el aparato, el cual se conserva hasta que la parte afectada causa un dolor agudo, debido al aumento de la inflamacion, cuyo período es de dos á seis dias, segun la temperatura.

El nuevo aparato se aplica en los mismos términos, sin mas diferencia que el agua debe ser tibia, y en algunas casos, para mitigar el sufrimiento, se ponen cataplasmas de pan y agua, renovándolas una ó dos veces al dia. Quanto ménos coma el paciente los primeros cinco ó seis dias, tanto mejor.

Si la herida es leve, de manera que solo cause una ligera incision, pero muy penosa, las planchas de hilas se saturan con tintura de opio, y despues con agua cuando el dolor haya calmado. Cuando hay fractura de hueso, se

procede desde luego á la primera operacion que queda descrita; luego se venda el miembro fracturado, comenzando desde el pié, ó mano, segun el lugar de la herida, y sobre el vendaje se colocan en ámbos lados, ó en los cuatro, igual número de tabletas sujetas por otra ligadura, para mantener la inmovilidad del hueso, cuidando de no oprimir demasiado los vendajes, á fin de no aumentar el sufrimiento del paciente.

En las heridas de arma blanca, hay que lavar primero con suavidad la incision, á fin de retirar la sangre coagulada, secar la parte y reunir los labios lo mas que se pueda, poniéndolos en contacto por medio de tiras de tela plástica á través de la herida; luego, en los términos descritos, se aplican agua fresca, hilas, tafetan, y por último el vendaje que retiene el aparato. Si la sangre escapa con abundancia de una herida de arma blanca, se oprime la parte abierta y con unas pinzas se cierra la boca por donde brota mas, dándole una ó dos vueltas; en seguida se practican los detalles de la curacion en los términos que quedan expresados.

Las contusiones simples no necesitan de tantos cuidados. Las mordeduras de serpiente se curan ligando una faja un poco mas arriba del lugar mordido, á el cual se aplica á menudo linimento volátil, esparciéndolo en toda la extension del miembro afectado: al mismo tiempo se sustenta al paciente con pequeñas dosis de brandy, ó aguardiente, lo bastante para estimularlo, sin embriagarlo.

Los fronterizos de la parte mejicana conocen varios métodos de curacion para las mordeduras de serpientes, ú otros animales venenosos; entre ellos, el remedio mas recomendado es el conocido con el nombre de *golondrinera*, planta de cuyas ramas, raiz y hojas se extrae un jugo que se toma por cucharadas y se aplica tambien sobre la parte mordida.

Asegúrase que los efectos de este específico son tan pron- tos, como eficaces.

Las heridas de flecha ó dardo, se atienden lo mismo que

las de arma blanca y si se sospecha que el dardo contenía veneno, se observará el régimen prescrito para las mordeduras de serpiente. Conviene improvisar camillas para los enfermos, ó heridos, sirviéndose de los polos de las tiendas, ó labrándolos á propósito, para sujetar de sus extremidades una manta, que es la que forma el asiento, ó reposo del aparato.

Los ataques de insolacion no son raros á través de los desiertos. En estos casos, cuando el paciente palidece y pierde el vigor del pulso, se le aplica al instante un *baño de ducha* con agua fresca, sobre la cabeza, vigorizándolo á menudo con brandy, ó aguardiente, hasta restablecer la pulsacion á su estado natural.

XVI. Si sobre la marcha ó campado, los salvajes incendiaren el campo en la direccion del viento para comunicar el fuego á los wagones, es necesario moverse en el acto hácia el costado opuesto, y emplear los hombres en contener el retroceso del fuego, apagándolo con las mantas.

Bueno es, en seguida, alejarse á una razonable distancia, siempre en direccion opuesta á la de las llamas para evitar su alcance.

XVII. Los destacamentos y las partidas expedicionarias no deben jamás olvidar esta prevencion en pais infestado por los bárbaros. Es necesario sospechar siempre su aproximacion, y jamás fiarse de una falsa apariencia de seguridad. El rasgo distintivo del salvaje es la astucia asociada á la alevosía y la paciencia. Dia por dia, hora por hora, acechan los movimientos de los trenes y su escolta, procurando, con su engañosa ausencia, relajar la vigilancia y hacer suponer que se hallan léjos. Este es precisamente el instante en que, como la pantera que ha expectado pacientemente á su presa; se lanzan con una velocidad eléctrica, tratando de introducir el desorden, suscitar el pánico y entregarse sin piedad á la matanza. Vale mas, pues, ser prudente y desconfiado durante toda la travesía, que perder el ganado, cuando no la vida, bien que en las

sorpresas siempre se corre el riesgo de perder uno y otra á la vez.

SERVICIO DE PARADA.

1. Asamblea.

Hay establecido en todos los ejércitos un *servicio diario de parada*, que se efectúa en la mañana, ó en la tarde, ántes de la lista de seis, segun lo disponga el comandante en gefe de las tropas.

Las reglas son las siguientes: Media hora ántes de marchar al campo de parada las tropas detalladas para el establecimiento, ó relevo del servicio, las bandas de los cuerpos anuncian la formacion con el toque de *asamblea* al frente de sus cuarteles, en guarnicion, y solo por un corneta, ó tambor, en el campamento.

Concluido el toque, las tropas detalladas por la órden forman arma en mano, pasan lista, y en seguida se revisan por sus respectivos oficiales. Diez minutos despues emprenden la marcha al campo de parada asignado por la órden, con la banda á la cabeza, si fuesen cuatro ó mas las compañías de un solo batallon las que deban entrar de faccion. Al llegar, toman sus respectivas posiciones en la línea: descansan sobre las armas, el ayudante se aposta á la derecha y en tal disposicion esperan el momento de partir á sus destinos.

Las bandas se reunen á la cabeza, y el capitán mas antiguo toma el mando de la línea, colocándose al frente de ella hasta la llegada del general, ó gefe de dia, á quien hace entrega, en conjunto, volviendo á ocupar su puesto. En seguida, prévia indicacion del corneta de órdenes, las bandas en cuerpo tocan llamada recorriendo la prolongacion de la línea de derecha á izquierda, y *vice-versa*, hasta recobrar su primitiva colocacion

Terminado el toque, el oficial de estado mayor que se halla al frente de la línea, prévio permiso del de dia, manda: *Atencion. Guardias, al hombro. Abrir filas, alinearse.* Abiertas las filas, los oficiales se desprenden al frente, cuatro pasos los subalternos, y seis los capitanes, en la direccion de sus respectivos puestos alineándose por la derecha. El oficial de estado mayor dá entonces parte al gefe de dia de hallarse lista la parada, y este, á su turno, desenvaina la espada y efectúa la revista de armas y municiones, pudiendo, si quiere, ordenar en seguida algunas maniobras para hacerse cargo de la instruccion de las tropas.

Restablecido el órden primitivo en la línea, el oficial de estado mayor al centro de ella manda: *Sargentos, al frente y centro.* Estos, á la primera voz, avanzan dos pasos y á la segunda dan frente á derecha é izquierda, marchando á reunirse al centro, en donde por su orden rinden un estado de fuerza de la que entra de servicio, expresando su armamento y municiones, asi como las noticias que convenga participar en cuanto á la calidad del personal. Cada sargento, al dar el parte, toca con la mano izquierda la caña del fusil á la altura del hombro derecho, como una demostracion de respeto hácia el gefe á quien se dirige.

Concluida esta formalidad, el oficial manda: *Sargentos, por derecha é izquierda, á sus puestos,* y en el acto desfilan en sentido inverso al de su reunion. Dado el parte al gefe de servicio, este ordena en seguida que se de lectura á la órden del dia, lo cual efectúan los sargentos en términos claros é inteligibles, prévio permiso de sus respectivos oficiales, que, entre tanto, permanecen al frente de sus guardias durante la lectura. Terminada esta, el oficial de estado mayor lo participa al gefe de dia, este avanza al frente de la línea, saluda con la espada y despide el servicio con las voces tácticas de costumbre: los oficiales contestan el saludo y desfilan á sus respectivos destinos, con lo cual quedan terminadas las formalidades del campo de parada.